

POESIA INDIGENA EN CUBA (1), por J. L. López-Cid.

CUBA, el último corazón pequeño amputado a España, dejaba de latir con nosotros. No sé si lo habíamos exprimido demasiado y acariciado poco: me temo que sí.

La historia política no me interesa; pero este nacionalismo rudimentario—el criollismo—suena a huracán desde su nacimiento: es el mismo espasmo—menos trágico, sin duda—de la irredención italiana, y de raíces menos populares. Hay un tono romántico en los hechos de la independencia de Cuba; pero la sustancia romántica obra más intensamente luego, cuando se procura una motivación indigenista, ya en nuestros tiempos, en parte como disculpa ante España, y en parte para defenderse del imperialismo americano. Mas, ni aun así: el fracaso de una Hispanoamérica nacional se enmascara en una Hispanoamérica social. Y no quiero decir que América haya nacido para colonia, sino que, muchas veces, desmaya en una personalidad falsa, y la canta.

Estos momentos de la historia americana son estudiados por José Luis Varela en dos magníficos ensayos. El hirviente Martí, hijo de levantino y canaria—una de las mezclas más antillanamente posibles—, centra el *Ensayo de una poesía criolla*. Martí, empapado en frenesí y en melancolía, nervio sensible de la insurrección, no siempre había rimado a caballo. La suya es de esas vidas que precipitan el paso del tiempo. Es poeta y va a morir joven. La sugestión campoamoriana le alcanza en seguida; luego Bécquer, Emerson y la poesía civil envolviendo una voluntad criolla: la pasión de vida inseparable de la pasión poética.

Hay un modo de animar la Historia que José Luis Varela domina magistralmente, haciendo resonar la época entera a veces en una noticia casi banal. Toda la complejidad políticocultural del criollismo—aun densamente sentido para no ser ya problema—se desmenuza en el ensayo. La figura literaria y humana de Martí aparece en él a plena luz, como se aparecería en la manigua soleada; apuntan los recuerdos y las anticipaciones: aquel trozo del *Diario*—tan vivo y tan plástico—pesa, sin duda, en el *Tirano Banderas*, como el *Tirano* en ciertas páginas recientes de Ramón J. Sender y de Miguel Angel Asturias.

El segundo *Ensayo de una poesía mulata* se refiere al otro momento, al indigenista. Es Vélez Herrera, en 1833, quien levanta al siboney héroe literario. Después el indigenismo crece y, por una superposición absolutamente culta, se vuelve «negrismo». El negrismo ha nacido en los Estados Unidos, y el primer negrista de gran estilo, antes que Frobenius y que Picasso, es el músico Dvorak—europeo, desde luego—, con sus *Negros espirituales*. Pero a nosotros nos importa sobre todo la incidencia de lo negro en lo blanco, que produce lo mulato: es decir, Cuba.

Lo mulato es un gran hallazgo, justificación de orígenes; y la mitad de ese origen es España. Por eso «a la poesía mulata debemos en gran medida la vuelta a lo español», como dice José Luis Varela.

(1) José Luis Varela: *Ensayos de poesía indígena en Cuba*. Colección «Santo y Seña». Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951. 120 págs.

La moda de lo negro llega a Cuba y se hunde en su sima étnica. Lo negro, postizo en otros climas, se desprende aquí de la coreografía y se queda desnudo, elemental, oficiando en el rito yoruba-vodú. ¿Podía ser este trepidante fondo africano la explicación extrema? Lo parece un tiempo. Pero los negros también quedan al alcance de la mano en la historia del país, y el engaño cede: hay que invocar al abuelo blanco del poema de Nicolás Guillén. Aquí, en la mezcla mulata, está al fin, cantando, gritando, la originalidad de Cuba.

El encanto de los ensayos—verdadero y fino perfil de ensayos—reside a la vez en su concentración y en su diversidad. La capacidad integradora de José Luis Varela deja viviendo en torno al tema principal una lluvia de motivos que nadie esperaría encontrarse, pero que no están fuera de su sitio. Este gran libro español llegará a Cuba como la voz de un amante nada ciego.

SITUACION ACTUAL DE LA FILOSOFIA EN HISPANOAMERICA, por Alberto del Campo Mañé.

EL nacimiento y continuo desarrollo de revistas, editoriales, sociedades y centros de enseñanza filosófica en toda Hispanoamérica ha llegado a crear un cuerpo filosófico de insospechadas y prometedoras dimensiones.

Estas actividades, aunque continuación de una pequeña tradición, ofrecen un desarrollo tan repentino, que son inequívoca señal de una nueva vigencia social: la necesidad que sienten los pueblos americanos de hallar su propio ser y de elaborar una auténtica filosofía que, con idénticos derechos a los de su literatura y a los de su arte, pueda llamarse «americana».

Aunque tal vez prematuramente, cabe preguntarse por los resultados de búsqueda tan empeñosa, y la cuestión será entonces saber si se puede actualmente hablar de una filosofía hispanoamericana, del mismo modo y con los mismos derechos con que hablamos de una filosofía francesa, italiana, alemana...

Sin presuponer la existencia de una filosofía, lo primero que debemos hacer es orientarnos hacia los caracteres, condiciones y posibilidades del pensamiento hispanoamericano. De este modo, sin prejuzgar sobre la existencia de dicha filosofía, nos instalaremos al cabo en el campo donde, de existir, debe aparecer dicha filosofía,